

## LECCION XXVIII.

1778—1781.

SEÑORES:

Durante las negociaciones en Francia para concluir un tratado de alianza y un tratado de comercio con los comisarios americanos, comenzaba á inquietarse la opinion en Inglaterra, y se dirigia hácia Chatham, el único hombre capaz de impedir la guerra con los Borbones ó de terminarla felizmente, y conservar, si era posible, la unidad del imperio.

¡Cosa extraña! El primer ministro lord North era quien tenia el mayor deseo en ver á Chatham cargar con esta grande responsabilidad. La oposicion venia del rey, no del ministro, fatigado por un poder superior á sus fuerzas. El 17 de Febrero de 1778 lord North, como para preparar el camino á su sucesor, presentó á la Cámara de los Comunes dos bills concernientes á la terminacion de la guerra. Su discurso, como todos los discursos ministeriales, fué una apología de su conducta, de su moderacion, de su dulzura; él no habia propuesto cuotizar á la América; él habia aceptado una posicion que no habia creado: la guerra habia sido desgraciada, es verdad, pero el país no estaba abatido; los recursos eran enormes; la marina mas fuerte que nunca; si se otorgaban concesiones, era por amor á la paz. Es cierto que se habian aguardado á que la Francia manifestase sus amenazas para apercibirse que los americanos tenian algunos derechos.

El primer bill tenia por título: «Acta destinada á quitar todas las dudas y todos los temores en lo concerniente á la cuotizacion de las colonias, por el Parlamento de la Gran Bretaña.» El bill derogaba expresamente el derecho sobre el té, y para lo futuro declaraba, que desde esa fecha, el rey y el Parlamento no impondrian ningun derecho, cuota ó pension cualquiera sobre las colonias americanas de Su Majestad, excepto los derechos relativos al reglamento del comercio; derechos cuyo producto neto seria siempre aplicado á los gastos de la colonia, en la que se cobraran estos derechos. De esta manera renunciaba el Parlamento completamente á este derecho de impuesto, que habia sido la causa de la guerra. <sup>1</sup> Era ya un poco tarde.

El segundo bill autorizaba á Su Majestad á nombrar comisarios con poderes suficientes para tratar con las colonias insurrectas. Estos comisarios eran en número de cinco, y sus poderes muy extensos. No debian poner dificultad alguna respecto del rango ó título legal de los gefes americanos: se les dejaba plena libertad para tratar con toda persona, ó cuerpo político. Podian proclamar la cesacion de las hostilidades; revocar todo acto posterior á 1763; pedir una contribucion moderada para los gastos comunes del imperio, y si fuere necesario, renunciar á ella. En dos palabras, los comisarios podian aceptar todas las condiciones, *ménos la independencia*. Obtener la paz á todo precio era su encargo. El Parlamento se reservaba el derecho de confirmarla.

La terminacion del discurso de lord North produjo un profundo y triste silencio en la Cámara: el partido ministerial estaba abatido. ¿En qué habia parado esta tenacidad para usar de medios violentos? La oposicion tomó la palabra, por el órgano de Fox, para complimentar al ministro por su feliz conversion, y al mismo tiempo para admirarse de que un ministro, cambiando tan completamente de opinion, permaneciese en el poder. ¿Lord North creia poseer la lanza de Aquiles para curar las heridas que habia inferido? ¿Podia imaginarse que la América recibiria la paz de esta mano sospechosa, que jamas seria la de un amigo? Fox tenia razon; pero en la forma solamente, porque lord North estaba resuelto á dejar el poder, y abandonar el lugar á un ministro ménos comprometido. Los dos bills fueron votados, y el 11 de Marzo de 1778 recibieron la sancion real.

<sup>1</sup> Lord Mahon, VI, 225.

Dos dias despues, el 13 de Marzo de 1778, el embajador de Francia, marqués de Noailles, entregó á lord Weymouth, secretario de Estado, una nota que anunciaba formalmente el tratado de alianza y amistad concluido entre Francia y los Estados-Únidos. Esta nota estaba concebida en términos que, por la fuerza de las cosas, parecian irónicos y burlescos. Recordaba que desde el 4 de Julio de 1776 estaban los americanos en plena posesion de su independenciam, y agregaba: «Al presentar esta comunicacion el rey de Francia, está firmemente persuadido que la corte de Lóndres verá en ella una prueba del constante y sincero deseo por la paz que anima á Su Majestad. Ella espera que Su Majestad Británica animado de los mismos sentimientos, deseará igualmente evitar todo lo que podria alterar esta buena armonía, y que particularmente tomará medidas efectivas para que nada interrumpa el comercio entre los súbditos de Su Majestad y los Estados-Únidos de América.»

La respuesta á esta nota, respuesta fácil de prever, fué la orden que se dió á lord Stormont, embajador en Paris, de pedir sus pasaportes, y de volver inmediatamente á Lóndres. Por su parte el marqués de Noailles, tomó los suyos para volverse á Paris. No era esto aún la guerra; pero no era ya dudosa para nadie, y era cierto que la España seguiria á la Francia. Se veia entónces que lord Chatham habia tenido razon.

El rey dispuso desde luego, que se comunicase la nota francesa al Parlamento, agregando á ella un mensaje en el que aseguraba á las Cámaras que estaba firmemente determinado á mantener el honor de la corona. Las Cámaras votaron manifestaciones leales con grande mayoría, pero no sin mas de una palabra amarga. El nombre de lord Chatham fué mas de una vez pronunciado, como el del hombre necesario, y lord North no ocultó que estaba pronto á retirarse, bien que el rey le habia manifestado que él nada queria de lord Chatham y de su *pandilla*, y que no lo aceptaria con sus amigos si no venia como auxiliar de su ministro favorito. <sup>1</sup>

Fué entónces, el 7 de Abril de 1778, cuando el duque de Richmond propuso se dirigiese una exposicion al rey, suplicándole á Su Majestad retirara sus flotas y sus ejércitos de las trece colonias, y recono-

<sup>1</sup> Lord Mahon, VI, 232.

ciera su independencia. Era una de estas medidas necesarias, pero humillantes, que una nacion no acepta, sino hasta el último momento. El patriotismo de Chatham se indignó á tal propuesta, y á pesar de estar sufriendo de la gota, se hizo llevar á la Cámara de los lores; se dirigió con trabajo á su lugar, apoyado en el hombro de Guillermo Pitt, su hijo, y de lord Mahon, su yerno. Sus balbucientes palabras, sus lacónicas frases eran la apelacion última al patriotismo inglés.

«Jamás, exclamó, consentiré en privar de su mas bella herencia á un descendiente de la casa de Brunswick, á un heredero de la princesa Sofía. Milores, Su Majestad ha heredado un imperio tan extenso como respetable. ¿Mancharémos los fastos de este imperio por un ignominioso abandono de nuestros derechos?..... Caerémos de rodillas ante la casa de Borbon? ¿Es verdad, Milores, que esta nacion no es ya lo que era ántes? ¿Un pueblo que hace diez y siete años era el terror del mundo, ha descendido tanto, para verse obligado hoy dia á decir á su constante enemigo: *Toma todo lo que tenemos, pero danos la paz?*..... No, es imposible. Yo no inculpo á nadie: no aspiro á ocupar el lugar de ninguno; no quiero asociarme á hombres que se encaprichan en su error; pero, en nombre del cielo, si es absolutamente necesario elegir entre la paz y la guerra; si la paz no puede conservarse sin perder el honor, ¿por qué no comenzar la guerra sin fluctuar? No conozco con precision los recursos del reino, pero estoy seguro que son suficientes para mantener nuestros justos derechos. Milores, cualquiera resolucion vale más que la desesperacion. Hagamos por lo ménos un esfuerzo, y si nos es preciso sucumbir, sucumbamos como hombres.»

El duque de Richmond tomó la pábala para manifestar que nadie mas que él deseaba la union de los dos países, pero que esta union era impracticable; que si no se apresuraban á tener por aliados á los americanos, serian bien pronto los aliados de la Francia. «Nadie, agregó, respeta mas que yo el gran nombre de Chatham; pero este nombre no puede hacer lo imposible: las cosas no están ya en el punto en que el noble lord las ha dejado al retirarse del poder. Entónces teniamos á la América de nuestra parte; entónces eran la Gran Bretaña y la América las que hacian frente á la Francia y á la España: hoy dia son la Francia, la España y la América las que se reunen contra la Gran Bretaña.»<sup>1</sup>

1 Lord Mahon, tomo VI, página 241.

A estas últimas palabras Chatham se levantó impelido por una violenta emocion. La casa de Borbon triunfaba; la América se perdia; era demasiado humillante para él. Balbutió algunas palabras, y cayó herido por un ataque apoplético. Se levantó la sesion; los pares rodearon á Chatham, que fué trasladado á una casa vecina. Un mes despues murió sin haber recobrado sus facultades. La Inglaterra lo enterró en Westminster, enterrando con él esa soberanía de los mares y del mundo que aquel habia soñado. Con lord Chatham desaparecian todas las esperanzas de una reconciliacion, suponiendo que esta reconciliacion fuera posible.

Los comisarios enviados á la América, lord Carlisle, Williams Eden, mas tarde lord Auckland, y Jorge Johnstone, debian reunirse al almirante Howe y al general sir William Howe; pero á su llegada, el general habia pedido y obtenido su exoneracion. Sir Henry Clinton, su sucesor, habia recibido la órden de evacuar á Filadelfia y retirarse á Nueva-York, punto en donde podia defenderse contra una escuadra francesa. Era difícil la situacion: los comisarios enviados por lord North, enemigo de la América, no podian inspirar confianza; quisieron enviar al Congreso á su secretario; era el Dr. Adam Ferguson, profesor de filosofía en Edimburgo, uno de los talentos mas originales del fin del último siglo. Washington rehusó darle un pasaporte ántes de tener la aprobacion del Congreso. Este por su parte habia tomado una resolucion por la que se abstenia de toda conferencia, á ménos que los comisarios no retirasen las flotas y ejércitos ingleses, es decir, no hubieran reconocido la independencia.

En vano los comisarios se dirigieron al presidente del Congreso para hacerle conocer la extenscion de sus poderes: en vano prometieron que la Inglaterra no conservaria ya tropas en las colonias sin el consentimiento de las asambleas, y que tomarian medidas para pagar las deudas de la América y hacer subir el valor del papel moneda: en vano ofrecieron un lugar ó muchos en el Parlamento para los agentes de las colonias; todo, en una palabra, excepto la soberanía. Sus proposiciones fueron desdeñosamente desechadas; el Congreso decidió de una manera perentoria que no contestaria á ellas; las insinuaciones que hicieron á varios particulares no fueron mejor recibidas: palabras desagradables á la Francia, expresadas en una comunicacion dirigida al

greso, atrajeron una provocacion de Lafayette á lord Carlisle, provocacion de la que su señoría no hizo aprecio, pero que no por esto dejó de hacer sensacion en América, y mas tarde en Europa. No quedó ya otra cosa que hacer á los comisarios mas que embarcarse, despues de haber dado una proclama torpemente amenazante, en la que daban á entender que si las colonias llegaban á ser una dependencia de la Francia, la Inglaterra procuraria no dejar á su enemiga mas que una posesion sin valor.

El año de 1778 se pasó en América sin combates de importancia, si se exceptúa el ataque dado por Washington al ejército inglés al retirarse por los Jerseys, ataque conocido con el nombre de batalla de Monmouth, y que no tuvo éxito por la falta del general Lee.

Esta inaccion, esta impotencia de un país ocupado por el enemigo, tiene algo de extraño para nosotros; pero esta extrañeza deja de existir, al reflexionar que los ingleses no ocupaban mas que un punto de éste vasto continente, y no era dudoso que no podrian conservarlo: de aquí provenia la indiferencia general. Los Estados particulares se constituian y organizaban su gobierno, al mismo tiempo que el Congreso se hallaba casi abandonado, el ejército abandonado, el papel moneda aumentando todos los dias y poniendo al país en bancarota. Todo el peso de los negocios lo llevaba Washington.

Él se queja de esto en una carta escrita á Mr. Benjamin Harrison, de Virginia. «Me parece tan claro como la luz del dia que jamas la América ha tenido una necesidad mas urgente de la sabiduría, del patriotismo y de la energía de sus hijos; y si para la generalidad no es este un justo motivo de afliccion, para mí, que estoy viva y dolorosamente preocupado, sí lo es, al ver que un gran número de personas, y de los mas hábiles, atendiendo á sus intereses particulares, se han retirado del Congreso con gran perjuicio del bien público. Nuestro sistema político puede ser comparado al mecanismo de un reloj, el que deberia servirnos de ejemplo. ¿De qué sirve que las pequeñas ruedas estén en buen estado, si no se atiende á la gran rueda, que es el resorte principal y el primer motor de toda la máquina?

«Seria conveniente que cada Estado no se contentase con elegir á sus hombres mas capaces, sino que los obligara á irse al Congreso para examinar allí con detencion las causas que han producido tan ma-

los efectos en el ejército y en todo el país. Quisiera, en una palabra, que se reformaran los abusos públicos. Si así no fuere, no es preciso ser profeta para predecir las consecuencias de la administracion actual, para anunciar que todos los trabajos de los Estados, ocupados en el arreglo de sus comisiones, preparando leyes, confiando los empleos á sus mas hábiles ciudadanos, no producirán gran cosa. Si el conjunto está mal dirigido, todos los detalles perecerán en el naufragio general; tendrémós la vergüenza de habernos perdido por nuestra propia locura ó por nuestra negligencia, ó acaso por el deseo de vivir con tranquilidad y comodidades esperando el éxito de una tan grande resolucion, miéntras que los hombres mas capaces y virtuosos de nuestro mundo americano deberian trabajar en su triunfo.

«Es muy de temerse que los Estados, ocupados de sus negocios, no tengan ideas muy claras acerca del peligro presente. Muchas personas distantes del teatro de los acontecimientos, que no ven ni leen mas que los escritos que lisonjean sus deseos, se imaginan que la lucha está en sus últimos dias, y que todo lo que aun queda por hacer es arreglar el gobierno y la policía de su propio Estado. Yo deseo que un triste reves no venga á caer sobre ellos como un rayo inesperado.

«El público cree que en este momento los Estados están mal representados; que los mas grandes intereses de la nacion se ventilan muy mal en el Congreso, sea por falta de habilidad ó por abandono, sea por causa de la discordia y espíritu de partido. Tal estado de cosas es mas lamentable que otras veces, porque estamos muy avanzados en la lucha, y segun la opinion general nos aproximamos á un feliz desenlace. La Europa tiene sus ojos fijos en nosotros, y estoy seguro que mas de un espía político nos observa para cerciorarse de nuestra situacion y dar aviso de nuestra debilidad y nuestras necesidades.»

El año de 1779 se pasó de la misma manera: las fuerzas inglesas muy disminuidas, se limitaban á hacer algunas expediciones á las costas, que no eran mas que crueldades y desastres inútiles. El ejército americano, igualmente disminuido, mal pagado, mal vestido, mal alimentado, nada podia impedir. Por una y por otra parte se esperaba la llegada de tropas francesas que debian, por decirlo así, decidir la cuestion con los ingleses.

Entretanto, la miseria era general; el papel moneda habia tomado

tales proporciones, que perdía todo valor; lo habían tomado al 20, al 40 y al 100 por ciento de su precio nominal. Cuenta un oficial inglés en sus viajes, que en Diciembre de 1779 su hostelero en el Maryland le presentó una cuenta de 732 libras (18,300 francos) que pagó con cuatro guineas y media, es decir, 112 francos, 50 céntimos.

El Congreso, que por su negligencia había ocasionado este estado de cosas, repelia con desden, y como una injuria, el temor de una bancarota. «Una república sin fé, una república en bancarota, se decía en un manifiesto del Congreso á sus constituyentes de 13 de Setiembre de 1779, sería una cosa sin ejemplo en la historia del mundo. Que no se diga, que jamás pueda decirse que la América apenas ha sido independiente cuando ya se encontró insolvente.»<sup>1</sup> Bellas palabras que solo precedieron dos años á la bancarota.

Los efectos de este papel moneda no se hicieron esperar. Washington nos ha dejado su triste pintura.

«Si me fuera preciso hacer la pintura del tiempo y de los hombres segun lo que yo he visto, lo que he oído, y lo que sé, diría en una palabra que la ociosidad, la disipacion y la extravagancia se han apoderado de ellos; que la especulacion, el peculado y una sed insaciable de riquezas son preferidas á cualquiera otra consideracion, y dominan á todos los hombres; que disputas de partido y rencillas de personas son el negocio del dia, miéntras que se descuida y se aplaza de semana en semana, de dia en dia, cuánto concierne á los fundamentos del Estado: una deuda enorme y que se aumenta sin cesar; la hacienda pública en ruina, el papel sin valor, el crédito perdido. En este momento nuestro papel pierde 50 por ciento cada dia en esta ciudad: no me sorprendería que dentro de algunos meses no tuviera ya curso; y no obstante, un baile, un concierto, una comida, una cena que costará trescientas ó cuatrocientas libras, no solamente impedirá á las gentes ocuparse de sus negocios, pero ni aun pensar en ellos, miéntras que un gran número de oficiales dejan el servicio por causa de su absoluta desnudez.

«He aquí el cuadro: lo creo verdadero en el fondo de mi alma, y os anuncio que estoy mas preocupado con lo que veo hoy dia, que lo que he estado desde el principio de la contienda.»

<sup>1</sup> Lord Mahon, VI, 288.

Si yo cito estas tristes cartas es para hacer comprender mejor lo que es un grande hombre. La siguiente carta fechada en West-Point el 16 de Agosto de 1779, nos hará conocer en toda su sencillez al Fabio americano.

«Al Dr. Cochran, cirujano en jefe del ejército.—Querido doctor: He invitado á mi mesa para el dia de mañana á Madama Cochran y á Madama Livingston; ¿pero no debo por mi honor decirles qué clase de platos les serán servidos? Como yo detesto el que se falte á la verdad, aun cuando se trate de cosas triviales y de imaginacion, voy á cumplir con mi deber. Es por demas decirles que mi mesa es demasiado bien servida para recibir á estas señoras: ellas han tenido el dia de ayer una prueba ocular de esto. Acaño es mas necesario decirles de qué manera es habitualmente servida; este es el objeto de mi carta.

«Desde nuestra llegada á esta bienaventurada mansion hemos tenido un jamon, algunas veces un lomo de cerdo salado para cubrir la cabecera de la mesa; un trozo de buey asado cubre la otra cabecera, y un plato de habas ó de legumbres, plato casi imperceptible, adorna el medio. Cuando se le ocurre al cocinero quedar bien, (creo que mañana así será) tenemos de extraordinario dos pasteles de tajadas de vaca ó dos platos de camarones, que se ponen uno de cada lado del plato de en medio, reduciéndose así á seis piés la distancia de un plato á otro, que sin esta circunstancia sería de doce piés.

«El cocinero ha tenido últimamente el talento de descubrir, que con manzanas pueden hacerse tortas ó bollos; de consiguiente, verémos si gracias á su ingenio, tendrémos una torta de manzanas, en lugar de uno de nuestros pasteles de vaca.

«Si estas señoras pueden conformarse con semejante festin, y servirse de platos que en un tiempo fueron de hoja de lata, pero que ahora son de fierro, seré feliz en verlas. Todo vuestro, querido doctor.»<sup>1</sup>

El año de 1780 comenzó en América bajo sombríos auspicios. Las quejas de Washington no habían producido resultado alguno: en vez de 35,000 hombres que había decretado el Congreso, no tenía el general mas que 12,000, que perecían de hambre.<sup>2</sup> Pero en el exterior, la posicion de Inglaterra se agravaba: no eran ya solamente la Francia

<sup>1</sup> Sparks, tomo II, página 114.

<sup>2</sup> Lord Mahon, VII, 55.